

Catorce tesis sobre el fascismo obsolescente

Ana Fernández-Cebrián*
Columbia University

Víctor Pueyo Zoco**
Temple University

Recibido: 04/04/22 / Aceptado: 26/04/22

Resumen: A partir de una reflexión sobre el texto de Umberto Eco *Il fascismo eterno* (1995), este ensayo propone un análisis de las formas del fascismo contemporáneo como un fenómeno radicalmente histórico. Las catorce tesis propuestas examinan el denominado “fascismo obsolescente” multiplicando el asedio de sus diferentes flancos y definiendo su lógica interna.

Palabras clave: Fascismo; neoliberalismo; neofascismo; mediador evanescente; nuevas derechas.

Fourteen Theses on Obsolescent Fascism

Abstract: Drawing on Umberto Eco's *Il fascismo eterno* (1995), this essay suggests an analysis of contemporary fascism as a radically historical phenomenon. The fourteen theses laid out examine what we call obsolescent fascism by multiplying the siege to its many flanks while defining its inner logic.

Keywords: Fascism; neoliberalism; neofascism; vanishing mediator; the New Right.

Sumario: 1. No existe ya otra política que la política del resentimiento. 2. El centro funciona ya como extremo de una polaridad ausente. 3. El efecto de esta polarización centrada es el efecto de un desajuste estructural. 4. El nuevo fascismo es articulación de una universalidad concreta. 5. Comprender la naturaleza de esta universalidad concreta exige comprender la primacía del discurso estructurante sobre el discurso estructurado. 6. El auge de esta ultraderecha no puede entenderse fuera de un modelo de causalidad estructural. 7. La nueva extrema derecha es un mediador evanescente. 8. La política de la negatividad estratégica es una política de la discontinuidad. 9. El neofascismo no existe. 10. El Estado del nuevo fascismo es el Estado de Schrödinger. 11. Existe ya una ecuación entre biopolítica y propiedad. 12. La política funciona como moral del más malo. 13. El neofascismo es potencia de la impotencia. 14. El fascismo obsolescente no va a desaparecer. 15. Referencias.

* af2948@columbia.edu

** vpueyozo@temple.edu

Umberto Eco comienza su breve ensayo *Il fascismo eterno* (1995), traducido al inglés como *Ur-Fascism*, con un recuerdo de su infancia. La anécdota tiene lugar en la Italia de Mussolini, cuando el autor tenía trece años. Tras la toma de Milán, los partisanos llegan al pueblo donde Eco crecía y vivía como cualquier niño fascista. La liberación es recibida con inmensa alegría por el gentío. La plaza mayor se llena de cánticos y banderas ondeantes, las guirnaldas cuelgan de los tejados y todo está dispuesto para que el líder de la resistencia pronuncie su discurso desde el balcón del ayuntamiento. El miliciano, que ya ha perdido una pierna por el camino, se aproxima a la barandilla, pálido, renqueante, apoyándose en una muleta con una mano y tratando, con la otra, de apaciguar a la multitud. Eco se siente invadido por una suerte de expectación culpable; durante años, ha disfrutado de los discursos floridos del Duce, cuyos pasajes aprendía de memoria en la escuela y repetía en la intimidad. El partisano carraspea, mira tímidamente a la concurrencia y finalmente musita: “Ciudadanos, amigos. Después de tantos dolorosos sacrificios... aquí estamos. Gloria a los que han caído por la libertad”. Aquí termina su intervención y, con ella, cualquier promesa de arenga. El partisano vuelve al interior del edificio, la plaza estalla en una incontrolable algarabía, las tropas rebeldes disparan al aire salvvas festivas que los niños recogen del suelo, convertidas en trofeos que retienen el tibio calor de la victoria. El nombre de ese partisano lacónico que se ha subido al balcón, que había sido *maresciallo* de los Carabinieri, que no conoce el verbo inflamado y exuberante de los fascistas y que apenas puede, por tanto, hablar, es un enigma para nosotros. Sabemos, sin embargo, que todo el mundo lo conocía como *Mimo*. El círculo se cierra en virtud de una feliz casualidad y el joven Eco experimenta entonces su epifanía: comprende, súbitamente, que la libertad de expresión no es la libertad de expresar lo que uno quiere expresar, sino la libertad de expresarlo sin retórica. Todavía, incluso, podríamos leer más radicalmente la actitud afásica del mimo partisano y redoblar la apuesta: si hubiera una auténtica libertad de expresión, la libertad de expresión consistiría en la libertad de no tener que expresar nada. Hablamos con libertad cuando la obviedad se dice a sí misma.

¿Qué pasa si dejamos de leer *aquí*? Es curioso ver cómo otras versiones del texto expurgan u omiten este hermoso pasaje. En español, por ejemplo, el ensayo ha circulado bajo el título “Catorce síntomas del fascismo eterno”, laminado y maquetado como un mero compendio de los rasgos que nos permitirían reconocer el fascismo. El fascismo, como los cuerpos que el fascismo mismo sometía a escrutinio, queda reducido así al inventario de sus facciones. Quizá por eso valga la pena observar que una lectura basada en la epifanía del propio Eco lo cambia todo. El catálogo positivista de los rasgos, la enumeración de todas estas características fenotípicas que definirían la eternidad del fascismo (el tradicionalismo, el autoritarismo, la censura, el folklore) depende de una precondición: el aparato retórico dentro del cual se desarrolla la lucha por la construcción del sentido. Los rasgos, en otras palabras, no son rasgos hasta que no configuran un rostro. Para ser perfectamente justos, Eco reconoce que esta operación es siempre-ya una operación estrictamente discursiva, que muchas de estas “características del fascismo” se contradicen mutuamente y que ninguna de ellas es, por tanto, imprescindible. Bastaría, arguye Eco, con que una estuviera presente para hacer emerger una nebulosa fascista a su alrededor, a la manera en que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (2014) describen el *point de capiton* de todo artefacto discursivo (un fetiche, una sinécdoque, un lugar de enunciación que coincide con el lugar del enunciado).

Ahora bien, si el aparato retórico que produce esta operación de sentido se desvanece, el discurso fascista emerge como una mímica dispartada e inconexa, al tiempo que el lenguaje de *Mimo*, en su parquedad e inoperancia, revela su verdad oculta. Esa mímica absurda recuerda al Hitler de Charlie Chaplin en *The Great Dictator* (1940) e incluso al *Adolf der Übermensch* del artista alemán John Heartfield (1932), escenas de cine mudo o

fotomontajes dadaístas que conseguían que la parafernalia del fascismo, despojada de su sustancia discursiva, se apareciera como farsa. Quién no ha visto alguna vez un discurso de Mussolini con el volumen del televisor en modo silencio, no tan diferente, en su ridículo despliegue paraverbal, del histrionismo de una película de Buster Keaton o de un personaje de la *commedia dell'arte*. La verdad del mimo revolucionario, por su parte, representaría para Eco exactamente lo contrario: no la capacidad del lenguaje de devenir mímica, sino la capacidad de la mímica de devenir lenguaje. Al final, la eternidad del fascismo es la eternidad del lenguaje; la eternidad de un sistema que se sostiene sobre los mimbres de su propia “sistematicidad”. Eco nunca podría haber enunciado la realidad de un fascismo eterno si no hubiera creído primero (si su inconsciente ideológico no le hubiera dictado antes) la eternidad de ese lenguaje que habla o calla un sujeto agazapado en la sombra.

El problema es que el fascismo eterno no existe. La pantomima a la que el fascismo quedaba expuesto al ser desnudado de su retórica ampulosa es, hoy por hoy, el centro ausente sobre el que construye su particular operación de sentido. Qué duda cabe de que la verdad muda del mimo (la obviedad que se dice a sí misma) ha ocupado el lugar reservado al discurso en las más recientes campañas electorales de la extrema derecha. El Partido Popular ganaba Madrid en 2021 enviando a los ciudadanos un sobre que sólo contenía la palabra libertad. El comisionado del condado de Hillsborough en Tampa, Brian Blair, protestaba con una mordaza en la boca contra la observancia del “Day of Silence” en su distrito escolar, un día dedicado a recordar a las víctimas de discriminación por motivos de diferencia sexual. En los orígenes de Vox, Javier Ortega-Smith cada vez que se veía acorralado por las preguntas de los periodistas les dispensaba un estruendoso trato de marcial silencio. Las preguntas se repetían y el militar permanecía silente ante la atenta mirada de las cámaras. Callar era la consigna y, si las preguntas eran demasiado comprometidas o tenían lugar en contextos que no aconsejaban dar la llamada por respuesta, siempre quedaba hurtarle al silencio un socorrido “¡Viva España!”, como hiciera Abascal en el foro organizado por el diario *La Razón* el 18 de febrero de 2019. El silencio, se mire como se mire, no es un discurso político. Este silencio, en su mueca irreverente y en su recurso al juego de la paciencia, no intentaba representar a los que callan, sino convencerles de que estaban callando, producir –antes que representar– a esa mayoría silenciosa. “Blanco sobre blanco” de Kazimir Malévich sólo podría considerarse una obra transgresora, de hecho, en el melancólico discurso-mausoleo de un curador del MoMA: lo que en 1917 era un anatema político, dibuja ahora los contornos de una norma puramente formal, una norma kantiana que rechaza cualquier expectativa de contenido. Poco a poco, y a medida que la cultura de izquierdas coloniza y lubrica la maquinaria de reproducción social capitalista en la que permanece firmemente instalada (y de la que es, al final, inseparable), el espacio otrora ocupado por la cultura conservadora se estrecha, se vacía de opciones y se encomienda a la mímica. Allí, arrinconado, no tiene más remedio que ensayar un lenguaje que no es el suyo. Queremos hablar de este otro fascismo resultante. Es curioso que, cuando nos referimos al fascismo de los años 30 y 40, lo llamemos “fascismo histórico”, como si este que estamos viviendo ahora no lo fuera, o como si existiera, más allá de los límites del tiempo, un fascismo que precede a sus causas y sobrevive a sus efectos. El fascismo al que nos vamos a referir no puede ser otra cosa, por este motivo, que un fascismo obsolecente, radicalmente histórico y absolutamente perecedero. Como no tiene rasgos ni características; como carece, por motivos estrictamente metodológicos, de un principio rector o de una esencia, todo lo que podemos hacer es multiplicar el asedio de sus diferentes flancos, definir, en la medida de lo posible, su lógica interna. Las catorce tesis que siguen deben entenderse como un homenaje al texto de Eco.

1. No existe ya otra política que la política del resentimiento

O, como diría Vladímir Putin en medio de un genocidio manifiesto, “nuestros soldados son también víctimas”. En este momento, el lenguaje de las víctimas es un lenguaje compartido por la “extrema derecha” y por la “extrema izquierda”. La banalidad sobre la que descansaba el sentido común de nuestra cultura mesocrática (“los extremos se tocan”) podría llegar por primera vez a dejar de serlo, a medida que esas polaridades parecen destinadas a fundirse. Lo presenciamos todos los días. Cuando el votante progresista clama por las minorías oprimidas y el votante conservador denuncia que la única minoría oprimida es la mayoría silenciosa (abandonada por las “élites globalistas”, traicionada por la “dictadura de lo políticamente correcto” o “subastada por el gobierno de Pedro Sánchez”) ambos incurren subrepticamente en formas complementarias de lo que llamamos *grievance politics* (Ivarsflaten, 2008; Flinders y Hinterleitner, 2022; Brown, 2019b). Este es el nombre que los intelectuales del GOP en los Estados Unidos acuñaron para designar lo que la tradición liberal (del Tocqueville de *L’ancien régime* a Karl Popper, pasando por Bertrand Russell) llamaba sin más “resentimiento”. Por descontado, la apelación al resentimiento como pulsión totalizadora no pasa de ser una simplificación perezosa, la reducción de una serie de complejas estructuras económicas, políticas e ideológicas a un mero rasgo psicológico individual. No obstante, el resentimiento es un vector afectivo que ya modela y configura –dentro de dichas estructuras– la manera en que no podemos sino entender la política ahora (Fisher, 2013; Brown, 2019b; Gómez Villar, 2022; Fraser, 2020). Como decía Robert Frost: “*Poetry is about the grief. Politics is about the grievance*” (“la poesía va del sentimiento; la política, del resentimiento”). Es imperativo que asumamos de una vez, con el PS en Francia hundido, con Vox a punto de consumir el *sorpasso* en España, con Putin llamando a la puerta trasera de Europa con nudillos de acero, que no existe ya otra política que la política del resentimiento. El resto no es política, sino lo que Jacques Rancière (2000) denominó policía: el marco discursivo que asegura la cohesión de lo que se puede *ver* como racional. El resto no es política, sino *policy*, pólizas, normativas que se cumplen en base a un sentido común ausente o sólo implícito a ellas. La política es hoy más que nunca el arte de lo imposible. *Tout le rest*, como diría Paul Verlaine, *est littérature*.

2. El centro funciona ya como extremo de una polaridad ausente

Ante todo, hay que evitar los argumentos psicológicos. No hay un exceso de vitriolo “en el ambiente” que requiera de una dosis beatífica de moderación; el *exceso de moderación* es la causa del vitriolo. Al tiempo que los extremos se tocan, la expresión jocosa “extremo centro” adquiere un relieve inusitado que nunca, nos atreveríamos a asegurar, había tenido antes. ¿Qué habría pasado, según la explicación convencional? ¿Cómo habríamos llegado al *cul-de-sac* de una política del resentimiento? De acuerdo con el juego de espejos borgiano en que se desenvuelve la imaginación liberal, la extrema derecha habría aprendido a “imitar” el reclamo de las víctimas de la extrema izquierda, proponiendo una versión invertida de sus demandas que después retroalimentaría el reclamo originario. Por un lado, el Partido Demócrata agitando la bandera de *Black Lives Matter*; por otro, el Partido Republicano resignificado como el partido de la *white grievance* (Smith, 2020). El resultado es el *impasse* populista de un incesante concurso de agravios, algunos reales y otros claramente ficticios. Para evitarlo, explicaba la autora Chloé Valdary en el programa de televisión *Real Time with Bill Maher*, el Partido Demócrata debería interrumpir este círculo vicioso mitigando o rebajando en su discurso los elementos de

susceptibilidad social (*wokeness*) que se basan en demandas clásicas de raza, género y clase. Curiosamente, la apuesta de Valdary –regresar a los valores de la responsabilidad individual, de la superación personal, del diálogo entre seres humanos autónomos, etc.– coinciden punto por punto con el programa de rehabilitación del Partido Republicano que proponen figuras como Ryan Streeter (2021), ex-asistente de George Bush en el Consejo de Política Doméstica de la Casa Blanca (“Grievance Politics is a Dead-End Road”). ¿Cuál es ahora el círculo vicioso? ¿Dónde se encuentran ahora los dos extremos de un espectro político que se revela, bruscamente, como el espectro de lo político? En el origen del bucle del *re-sentimiento*, en el origen de un sentimiento que retorna sobre sí mismo para territorializar como afecto aquello que solía presentarse como un argumento racional, no está el desacuerdo, sino un cierto tipo de acuerdo que debe ser definido como el candado policial que se impone sobre el discurso de la política. Este cierre discursivo recibe diferentes nombres dependiendo del contexto: racionalidad comunicativa, dialogismo, convivencia o convivialidad, pero su nomenclatura no altera en lo sustancial un planteamiento humanista que no sólo no soluciona el problema (¿volver a la moderación del centro difuso? ¿renunciar a demandas sociales que son radicalmente justas?), sino que constituye su punto de partida.

Prefiero ser ruso a ser un demócrata, rezaba el mensaje serigrafiado en las camisetas de James Alicie y Richard M. Birchfield, dos asistentes al rally que Trump celebró en Ohio en la primavera de 2008 y que, gracias a ellos, terminó haciéndose viral. Las camisetas mostraban a un elefante –símbolo del partido republicano– que se enfrenta a un asno –símbolo del partido demócrata– en un combate de boxeo reminiscente del imaginario de la Guerra Fría. El enemigo, sin embargo, ya no reside en el significante “comunista” o “socialista”, que se superpone sobre el significante “republicano” (los guantes rojos son al mismo tiempo guantes rusos y guantes republicanos). El enemigo es ahora la moderación demócrata que no se atreve a asumir esta doble corporalidad revolucionaria, el “rojo” comunista/republicano que *convive* en una misma unidad de significado. Para la nueva extrema derecha, occidental y putinista, el mundo de las polaridades enfrentadas (la Guerra Fría) ya sólo existe como un borrón geopolítico. En el plano imaginario, es la moderación la que se lee como extremo. Cuarenta años de consensos sustentados en la doctrina de la responsabilidad individual de los participantes de esa Gran Conversación han desgarrado el tejido social hasta transformar el diálogo en gruñido, el discurso en afecto y el afecto en desafección; *no al revés*. La conversación es ahora un combate de boxeo con un sólo púgil. Afrontar las paradojas de una ultraderecha *snowflake* y de su deriva victimista exige rehuir las narrativas de la mimesis y la mímica, del *agit prop* y de la *realpolitik*, del lenguaje de la apropiación y de la apropiación del lenguaje por parte de la extrema derecha. El problema no radica en quién ejerce el monopolio del lenguaje del agravio; el problema surge cuando el lenguaje del agravio puede postularse de facto como objeto de deseo monopolístico y como denominador común de lo monopolizado (Brown, 2019b; Fraser, 2020). El problema surge, en definitiva, cuando no hay otro lenguaje que el que ya estamos hablando.

3. El efecto de esta polarización centrada es el efecto de un desajuste estructural

La extrema derecha ya no es extrema derecha por tener valores de derecha extremos, sino por llevar al extremo valores que no son suyos. Habrá que escuchar, alguna vez, lo que dice “la voz de Vox” (Fernández-Cebrián y Pueyo Zoco, 2019). Cuando la derecha deplora que, después de la Guerra Fría, la derecha ganara la batalla económica y la izquierda ganara la batalla cultural, deberíamos tomarnos su diagnóstico muy en serio. No es que la derecha se haya “apropiado” del lenguaje de la revolución; es que el lenguaje

de la revolución constituye desde hace mucho tiempo el único lenguaje capaz de vehicular los valores de la derecha, de conectar el impulso conservador con su furia revolucionaria. El capitalismo tardío se diferencia del capitalismo fordista en la manera en que reestructura el desfase inherente a toda formación social, imponiendo un desequilibrio marcado entre una instancia económica conservadora y una instancia ideológica progresista. Esta condición, conocida como desarrollo impar en jerga althusseriana, es la clave de lo que Nancy Fraser (2017) llamó “neoliberalismo progresista”. Se trata de una alianza entre los sectores progresistas del *establishment* y las fuerzas del capitalismo cognitivo (Wall Street, Silicon Valley, Hollywood...) que daría lugar a una combinación perversa de políticas económicas regresivas y políticas de reconocimiento aparentemente progresistas. En este sentido, el progresismo actual tiende a promocionar primariamente, en palabras de Fraser, “concepciones liberal-individualistas del progreso”. Entendidas de este modo, las políticas de la identidad sirven para reivindicar una falsa lógica meritocrática que disuelve toda problemática de clase al tiempo que reemplaza otras interpretaciones y otras prácticas anticapitalistas y emancipatorias (Fraser, 2017; Gómez Villar, 2022; Haider, 2020). Cuando Fraser enuncia su tesis del neoliberalismo progresista, sin embargo, parecería como si estuviéramos ante un pacto o ante un complot de actores sociales que representan intereses opuestos. Surge siempre la cuestión del “engaño” o la “falsa conciencia” (en “en sí” y el “para sí”): la lógica meritocrática sería falsa, postiza, fruto de una manipulación previa. Nuestra posición difiere en que no pensamos que la contradicción se produzca *exclusivamente* en la instancia política —el campo de la agencia—, sino que constituye, de manera mucho más general, una condición estructural del modo de producción capitalista en su fase tardía: la contradicción entre la instancia económica y la instancia ideológica. Sin este *décalage*, nos atrevemos a mantener, el edificio del capitalismo tardío se desmoronaría como un castillo de naipes al abrir la puerta del salón. Es por eso que debemos caminar con pies de plomo. Desde la posición de Fraser, perdemos la perspectiva sobre la sinceridad de la voz de Vox, sobre la sigilosa hipnosis que ejerce su timbre. Perdemos la perspectiva, en una palabra, sobre la cuestión del ventrilocuismo.

Como ya hemos analizado en trabajos anteriores (Fernández-Cebrián, 2019 y Pueyo, 2020), Vox no rechaza a sus bestias pardas (las políticas de identidad, el feminismo, el separatismo, el “buenismo” progresista, etcétera) desde una posición inicialmente fascista, sino que adopta esta posición a posteriori, como resultado del rechazo de aquellas tesis que, no sin cierta razón, considera hegemónicas. Antes que oponerse de manera frontal a ellas, por tanto, se define como su negación interna o como su revés siniestro, como su gemelo malo. Vox funciona a la contra y esta es, quizá, su más deliciosa contradicción. El partido que ha nacido para combatir el relativismo, las identidades líquidas, la pluralidad nacional y el pensamiento débil (la posmodernidad, en una palabra), no parece tener en realidad un núcleo duro desde el que producir y articular discurso. Se activa desde el mismo centro ausente, sin identidades sólidas y valores estables, al que dirige su encono. Ni su liberalismo económico es diferente del de otros partidos liberales o socio-liberales ni su nacionalismo es diferente del de los nacionalismos periféricos que aborrece. Es por eso que suena como ese muñeco vacío que de repente es intervenido por una voz, que es hablado o interpretado por ella. Y es por eso que el término fascismo se nos antojaba tremendamente impreciso para describir su amenaza. El fascismo concierne a una coyuntura histórica muy diferente y se apoya en premisas que no comparecen en el prontuario de Vox: la defensa de un estado fuerte, el discurso anti-élites económicas, etc. Decidimos, en aquel momento, adoptar un torpe y socorrido *portmanteau* para nombrar esta nueva realidad: posmofascismo. Su idoneidad, o falta de la misma, no altera la sensación de que, si mañana todos nos hiciéramos machistas, homófobos y racistas, Vox

denunciaría la hipocresía del machismo, la homofobia y el racismo progre con el mismo tesón (y seguramente el mismo grado de candorosa aceptación) con el que hoy lo abandera.

4. El nuevo fascismo es articulación de una universalidad concreta

El salto del fascismo al neofascismo es el salto del fetichismo entendido como producción de una particularidad abstracta a la articulación de una universalidad concreta. El fascismo tradicional hace de la parte todo; el nuevo fascismo hace del todo *su parte*. En algunos sectores conspiranoicos vinculados en ocasiones a las nuevas derechas, esta tensión latente adquiere relieves cómicos en algunas situaciones, como cuando la *International Flat Earth Research Society*, o Asociación Internacional para la Investigación del Terraplanismo, se describía como “a global organization of people who advocate the belief that the Earth is flat” (“una organización global de personas que defienden la creencia de que la tierra es plana”). La nueva extrema derecha parece incapaz de sacudirse de encima la contradicción entre un discurso anti-globalista y su configuración como “movimiento” global y multinacional. Pensemos en “The Movement” de Steve Bannon, antes una *coreografía* fascista que un movimiento, o en esa internacional del mal gusto comandada por Alexander Dugin desde Rusia y conocida como populismo integral. Fracasaríamos, sin embargo, si consideráramos que nos hallamos ante una inconsistencia que surge como agregación natural de dos niveles desintegrados: una globalización ya consolidada y una serie de discursos remanentes que se enfrentan a ella. No hay tal inconsistencia. La entente poco *cordiale* del fascismo globalizado depende, por encima de todo, del gesto consistente en identificar lo mayoritario como minoritario. Digamos, la mayoría blanca con una minoría oprimida o las mujeres maltratadas con las élites “feminazis”. Nótese que este gesto es diametralmente opuesto al gesto que hacía reconocibles a los “fascismos históricos” de los años 30: su identificación de lo minoritario con lo mayoritario, del fenotipo irreductible de la raza aria con la masa o del banquero judío con todas las tribus de Israel. Haciendo un guiño irónico al Programa de Erfurt de 1891, nos vemos tentados a calificar este gesto como un gesto maximalista, pues no sólo sanciona las reivindicaciones tradicionales de la izquierda para ciertas minorías, sino que las hace extensivas a la totalidad con respecto a la cual resultan marginales, en un diestro juego de manos que podría confundirse con un paralogismo si no fuera intencionado. Según los discursos de las nuevas derechas, los españoles son, vertiginosamente, la minoría excluida en España, o las mujeres no feministas aquellas que han sido injustamente excluidas del feminismo (Alabao, 2019; Cabezas, 2022). ¿Qué clase de feminismo *fascista* (y aquí la inversión se hace visible) es aquel que no permite a las no feministas hablar en su nombre? (Farris, 2017). La síntesis siempre inacabada de la mayoría minoritaria es la que anuda toda una serie de variables que el sociologismo positivista presenta como rasgos o factores dispersos. Hechos más o menos consabidos: que la nueva extrema derecha no carga sus tintas en la cuestión del supremacismo racial, que tiende al laicismo, que no requiere, para existir, de la participación de las masas (aunque Dugin siga hablando del *Dasein* en el metalenguaje de la ideología alemana, etc.).

El último punto, por ejemplo, se explica solo: por supuesto, la extrema derecha ya no puede interpelar de la misma manera a una clase obrera que, lejos de ser masiva en los países desarrollados, permanece dividida y alienada, ni a una multitud global cuya mera existencia le es adversa. Pero el punto es que, por más que los líderes del fascismo obsolecente puedan darse baños de masas, como sin duda lo hacen, la imagen del sujeto político que persiguen y apuntalan no puede configurarse ya masivamente. Encuentra

cobijo en otros tipos actanciales fuertemente individualizados (los propietarios amenazados por “okupas”, las ancianas cuya pensión se compara con el dinero destinado a colectivos vulnerables...) que permiten escenificar con mayor precisión la aparente paradoja de una universalidad concreta. Su lema: la mayoría tiene que devenir minoría incluso si para hacerlo tiene que mirarse en el espejo de aquello que la niega. Por si esta universalidad concreta sigue siendo demasiado elusiva o abstracta, consideremos un ejemplo tocante a la cuestión racial. Consideremos el caso de Cataluña. Si Vox representa a una derecha tradicional, recalcitrante, franquista y racista en España, ¿cómo se explica el éxito electoral de su candidato Ignacio Garriga en Cataluña, donde pasó de cero a once diputados en 2021 a pesar de ser un hombre español de color? (González, 2021). Nótese que la vieja problemática retórica de la captura y de la apropiación (la extrema derecha coopta los discursos de las políticas de identidad para disfrazar el odio de tolerancia, designa a un candidato racialmente diverso para disimular un racismo que otras veces patrocinará sin disimulo, etc.) no resuelve el problema. Explica el supuesto *intento* de Vox por blanquear su imagen, pero no el éxito de esta estrategia en los comicios catalanes. ¿Son o no son sus votantes catalanes racistas? ¿Se alinean o no se alinean con los valores neo-fascistas que les atribuimos? La respuesta es más compleja. El éxito de Garriga consiste precisamente en su capacidad de encarnar como minoría marginal la mayoría presuntamente marginada. Garriga no necesita decir lo que su cuerpo ya argumenta. Si el discurso que sale de sus labios dice: “sé que ustedes se sienten desprotegidos, invisibles, culturalmente alienados y extranjeros en su propio país”, su cuerpo lanza un órdago tan eficaz como impronunciable: “Desprotegidos, invisibles, culturalmente alienados y extranjeros en su propio país. Ustedes son como yo”.

5. Comprender la naturaleza de esta universalidad concreta exige comprender la primacía del discurso estructurante sobre el discurso estructurado

Decir que este gesto maximalista reduce al pensamiento conservador a su mínima expresión es decir demasiado poco. Debemos estar preparados para entender que el conservadurismo no se define por sus valores conservadores, que pueden variar de acuerdo con coordenadas históricas o geográficas específicas, sino por el impulso básico de conservarlos sean cuales sean. Esto no significa que estos valores tradicionales hayan desaparecido o vayan a desaparecer. Seguiremos observando actitudes racistas y sexistas, xenofobia, formas caducas de integrista religioso, etc. Lo que significa es que la producción de un discurso político “neofascista” no consistirá, o sólo consistirá residualmente, en una afirmación directa de estos comportamientos. A medida que el neoliberalismo relega los valores conservadores al papel narrativo del antagonista o muñeco de paja necesario, la nueva extrema derecha debe articular su posición desde una negatividad estratégica. Por eso es necesario distinguir entre un discurso estructurado (militarismo, catolicismo, campo, tauromaquia, artes cinégticas, jara y sedal...) y un discurso estructurante que reserva a estos valores un papel ancilar o, en el mejor de los casos, cosmético. De ahí la percepción de que la extrema derecha es una *derecha cosplay*: el disfraz puede cambiar en cualquier momento, porque es un disfraz o porque, en una palabra, carece de sustancialidad. Nuevamente: no hay que quitarle importancia al disfraz en sí mismo. Pero seamos claros: Santiago Abascal disfrazado de soldado de los tercios de Flandes no es Santiago Abascal disfrazado de soldado de los tercios de Flandes. Es el soldado de los tercios de Flandes disfrazado de Abascal: el español solitario, marginado, un poco acomplejado e históricamente fuera de lugar; el español que resiste heroicamente los envites del “imperio de lo políticamente correcto”, etc. No lo duden: el votante de Vox sabe perfectamente que Abascal no ha hecho el servicio militar. Su imperialismo

puede identificarse con el imperialismo de María Elvira Roca Barea, pero esto no es discurso estructurante, sino discurso estructurado. A nivel del discurso aglutinante o estructurador, los votantes de Vox son los habitantes de una pequeña aldea gala.

6. El auge de esta ultraderecha no puede entenderse fuera de un modelo de causalidad estructural

Es decir: no tiene ni una explicación exclusivamente económica ni una explicación exclusivamente política. Hay fundamentalmente dos narrativas, ciertamente respetables y muy verosímiles, que tratan de explicar la irrupción, de este nuevo sentir político cuyo frugal vocabulario y maneras vitriólicas recuerdan a lo que solíamos llamar extrema derecha. La primera podría denominarse *teoría del rescoldo*: existía, agazapado entre las cenizas de la liberalización, el núcleo candente de un espectro (en los dos sentidos de la palabra *espectro*) demográfico que nunca se habría asimilado al nuevo orden o que lo habría hecho sólo aparentemente, en las formas y no en el contenido. El auge del feminismo y del multiculturalismo habría reavivado estas brasas, que en el caso de España se identificarían con un franquismo de viejo cuño y, en el caso de los Estados Unidos de América, con un republicanismo más o menos jansenista sedimentado en el Medio Oeste y en los molletes del *Bible Belt*. La segunda explicación es la teoría del columpio afectivo. Existirían, tanto en España como especialmente en los Estados Unidos, cuadros relativamente desideologizados de clase trabajadora, aunque tendentes al voto progresista, cuyas demandas más básicas (empleo, vivienda, educación) no habrían sido satisfechas por los partidos de corte socialdemócrata o socioliberal en las tres últimas décadas. Estos cuadros, sumidos en el ostracismo y consumidos por una dinámica de derrota moral, habrían bien completado el viraje hacia a un sentimentalismo de derechas fuertemente nostálgico, bien emitido un voto de castigo que podría resultar reversible, pero que probablemente, a tenor de lo que estamos viendo, no lo será (Case y Deaton 2020). En los Estados Unidos, estos votantes, desafectados y por tanto particularmente sensibles al afecto, se arraciman en torno a diferentes estados-columpio (*swing states*, estados cuyo voto puede cambiar de un momento a otro) repartidos por la geografía americana; de ahí, en parte también, lo del *columpio afectivo*.

La primera es una explicación predominantemente política; la segunda es una explicación predominantemente económica. Ambas, nos tememos, dejan una gran cantidad de cabos sueltos. Ni la primera narrativa explica un hecho como que el 42% de mujeres votaran a un candidato abiertamente misógino (la cifra asciende al 53% entre las mujeres blancas), ni la segunda narrativa consigue esclarecer los motivos de la enorme transversalidad de estos procesos hegemónicos, que interpelan por igual a las clases desmotivadas del cinturón de óxido (51% de los votantes de Ohio), a los cubanos de Florida (54%) y a la comunidad evangélica blanca de los estados del sur (81%). Una tercera explicación que no está en contradicción con las anteriores y que, de hecho, las incluye, parece brillar por su ausencia. Se trata de la explicación predominantemente ideológica, pero la expresión “predominantemente ideológica” sólo alude a un fenómeno de condensación que debe tener en cuenta el resto de variables para evitar simplificaciones apresuradas. De otro modo, la explicación “predominantemente política” nos lleva al fascismo eterno y la explicación “predominantemente económica” nos lleva a *posturas* oportunamente obreristas que no merece la pena discutir, porque carecen de base teórica y científica más allá de la compulsión de opinar a fondo perdido en columnas de periódico o tertulias mediáticas.

7. La nueva extrema derecha es un mediador evanescente

¿En qué consistiría la explicación “predominantemente ideológica”? ¿Cómo se explica su ausencia? Las razones de esa ausencia son previsibles: aceptarla exige reconocerle al discurso de Trump (y esto es muy problemático para la izquierda) cierto grado de interioridad con respecto al discurso desde el que se articula su crítica más feroz, que puede caracterizarse a grandes rasgos como el discurso de la izquierda misma. Quizá menos intuitiva que las anteriores, esta teoría es la teoría del *mediador evanescente*. Autores como el propio Fredric Jameson (1973) y Slavoj Žižek (1998) la han sustentado en estudios de un alto carácter especulativo. De acuerdo con estos autores, todo estado de cosas en crisis, expuesto a la amenaza latente de su propia disolución, genera una especie de versión negativa de sí mismo que establece una relación de contradicción con respecto a la posibilidad auténtica del cambio y una relación de contrariedad (esto es, de coexistencia conflictiva) con respecto al sistema al que aparenta contestar o al que *lleva la contraria*. Por ejemplo: en el contexto de la Gran Depresión de 1929, el capitalismo, tocado de muerte, se enfrentaba a la amenaza del socialismo realmente existente, que proponía la inversión del paradigma capitalista: lo que llamaba la *dictadura del proletariado*. Ante esta inminencia de un cambio real, el capitalismo engendra su propia versión negativa, su propio gemelo malo: el nazismo. A diferencia del socialismo, el nazismo no propone una alteración radical de las relaciones de producción capitalistas, sino su desplazamiento mediante el argumento disuasorio del *fetiché* o sustitución del todo por la parte (la culpa no es del capitalismo, sino de un cierto tipo específico de agente capitalista: el judío). El problema había sido así refigurado: la contradicción que había que abordar para mirar hacia adelante después de la Segunda Guerra Mundial ya no era la contradicción entre el capitalismo desatado y el socialismo soviético, contradicción entre dos auténticos desastres de la que no sabemos lo que habría salido, sino la contradicción entre el capitalismo y el nazismo, de la que sí sabemos lo que salió: el keynesianismo como doctrina de un justo medio; ni poco Estado y mucho mercado (esto generaría desequilibrios que podrían alumbrar de nuevo a un nuevo populismo nazi) ni poco mercado y demasiado estado (esto *era* el populismo nazi): mejor un compromiso entre ambos que nos permita salvar la situación inicial, ahora purgada de sus impurezas.

La teoría del mediador evanescente postularía que el nazismo habría desempeñado el papel de mediador en una coyuntura de crisis y que habría desaparecido del escenario de posguerra tan pronto como hubiera consumado su misión histórica. Otro ejemplo podría ser el de la transición del modo de producción feudal al modo de producción capitalista. El feudalismo no evolucionó naturalmente para levantarse una buena mañana capitalista. Primero tuvo que confrontar sus tendencias inherentes de cambio en la forma de las numerosas revueltas anti-feudales que sacudieron Europa desde finales del siglo XV y que culminarían con la revuelta de los campesinos alemanes de 1524. El primer mercantilismo, como forma intermedia entre el feudalismo y lo que ahora conocemos como modo de producción capitalista, representaría el papel de mediador evanescente no negando las estructuras feudales, sino estableciendo una síntesis entre el mercado capitalista y la ideología feudal de la sangre que terminaría coagulando en las estructuras políticas del absolutismo.

De esta tesis cabe destacar dos consecuencias: a) que el desfase entre la positividad inicial y su negativo interno (digamos, el capitalismo de preguerra y el nazismo, o entre el último feudalismo y los primeros atisbos de mercantilismo) es un auténtico desfase entre las formas y el significado, lo que conlleva la existencia de una cierta *forma vacía* que después se puede rellenar de *contenido*; b) que este negativo interno no cancela la positividad inicial, sino que, por el contrario, universaliza sus valores. Por ejemplo, en el

caso de la transición al capitalismo en Europa, pasamos de una soberanía fragmentada caracterizada por una multiplicidad de señores feudales a aquella soberanía cuyo garante es ese *señor de señores* que es el Rey. O su realidad complementaria: donde antes había siervos que sólo eran siervos por servir a *un* señor (por trabajar sus tierras, generalmente en régimen de arriendo, además de rendir otros servicios adicionales), ahora germina el *mozo de muchos amos* en la ciudad y con él la novela picaresca, etcétera. Esta compleja realidad ideológica, que surgió como consecuencia de la crisis del neoliberalismo en el reciente ciclo político del 2008-2014 (los mercados amenazados por una posibilidad real de cambio, el 15-M, OWS y el socialismo democrático de Bernie Sanders incluidos), no tendría mayor importancia si careciera de una política.

8. La política de la negatividad estratégica es una política de la discontinuidad

En *Línea de sombra* de Joseph Conrad, el protagonista de la novela, un marinero cansado, decide abandonar la llamada del mar y de los trópicos. Justo entonces, sin embargo, recibe una oferta para hacerse cargo del Oriente, un barco perseguido por el fantasma de su antiguo capitán, que murió encerrado en su camarote, encadenado a sus recuerdos y tocando el violín en soledad. El único motivo por el que el viejo marinero acepta esta empresa es que le permite navegar su indecisión vicariamente, abordando un deseo que no es el suyo y asumiendo la responsabilidad de un barco a la deriva que, en realidad, es la suma de los años que le quedan por vivir. Esta delgada línea que separa su deseo del deseo del capitán es la línea de sombra. El resto de la novela sólo nos entrega las consecuencias de esta decisión/indecisión en la forma de un relato de aventuras: la historia de un barco fantasma que nunca tuvo ningún destino, las vicisitudes de una tripulación consumida por la impotencia, a la espera de una ráfaga de viento que pueda mover el barco en una dirección o en la contraria. La llamada nueva extrema derecha es el Oriente. Si el viento dejara de soplar, el barco flotaría también estancado y a la deriva. En ese sentido, no entendemos exactamente en qué consiste la expresión “la agenda de la extrema derecha”. La extrema derecha no tiene agenda; su agenda es la agenda del neoliberalismo. Sólo puede presentar como una fuerza la debilidad de los demás. Desde la posición del “negativo interior” que estos discursos habitan con respecto al régimen de acumulación del capitalismo tardío, no cabe otra política que una política de la negatividad estratégica. Frases breves, canutazos o eslóganes forman parte de su repertorio habitual. Podríamos incluso hablar de una lucha por la página en blanco, en la medida en que decir menos que el contrincante, o no decir nada que el contrincante no haya dicho antes, otorga a la nueva extrema derecha una ventaja a la que no está dispuesta a renunciar: la ventaja de jugar a la contra, de esperar pacientemente, como en el tenis defensivo o como en el fútbol de Mourinho, el fallo inminente del adversario.

Insistiremos de nuevo en esto: no se trata de menospreciar la sustantividad del discurso estructurado. Pongamos por caso el nacionalismo. Nadie en su sano juicio estaría en condiciones de negar que fascismo y nacionalismo han ido paseando de la mano por el boulevard de la historia desde los años treinta hasta la fecha. El discurso de Trump, sin ir más lejos, ha sido en todo momento escrupulosamente nacionalista (*America first*), proteccionista (los aranceles al acero y la guerra comercial con China, *affair* Huawei de fondo) y anti-inmigración (el famoso muro que iba a pagar México). Sin embargo, el discurso de Trump no triunfa por *ser* nacionalista; triunfa por *no ser* demócrata. Es decir: por ensayar una especie de rictus, una fisonomía que disocia y enumera, que rechaza y segrega sin devolver los elementos resultantes a un grupo cerrado, sin proponer vínculo comunitario alguno más allá de la negación misma; mucho menos, me atrevería a notar, un vínculo nacional. Ciertamente es que el recurso a la negatividad siempre fue fascista. Ciertamente

es que Ramiro de Maeztu decía que aquello de “ser es defenderse” en su *Defensa de la Hispanidad* de 1932. Un año después, en 1933, Giménez Caballero esbozaba en *La nueva catolicidad (teoría general del fascismo en Europa)* los cinco frentes de esta defensa. El fascismo es 1) Antidemocrático; 2) Anticapitalista; 3) Anticomunista; 4) Antisemítico y 5) Antimasónico. Pero este festival de negaciones no era, precisamente, un ejemplo de dialéctica negativa: el objetivo de esta formulación era sugerir su síntesis en una nueva “universalidad”, una nueva ecumenicidad del espíritu que cancelaba estas contradicciones. Al principio de ese “ser es defenderse” siempre había un “ser”, lo que significaba, entre otras cosas, que se podía establecer un rango de equivalencias entre los elementos negados: por supuesto que tanto los demócratas como los capitalistas, los comunistas, los judíos y los masones eran “materialistas”, etc.

Este es el *paso* que falta en la nueva configuración de los discursos que ahora identificamos como fascistas. De acuerdo con la vulgata de la negatividad estratégica, el otro es extranjero, ecologista, demócrata, latina, judío, lesbiana, urbanita, mujer; tiene un Mac, recicla, se vacuna, cancela; es joven, es viejo, es Beyoncé y es Bill Gates; tiene un coche caro, no tiene coche, es millonario, desarrapado, rastafari, huele bien, vota. No existen criterios sólidos sobre los que constituir la exclusión inclusiva que habilita el discurso de la nueva extrema derecha, ni existe una lógica representativa que lo ampare. La relación que se establece entre todos estos elementos no es tanto de identidad como de vecindad; no hay tanto representación como una aleatoria y caótica permutación entre los miembros de un grupo que son excluidos en virtud de una metonimia casual, de un contacto (roce de valencias ideológicas) casi esporádico. De nuevo, el todo deviene parte pero la parte no deviene todo. Ahora vemos que este paso que nos habíamos saltado era el paso del Espíritu al *Dasein*, de Hegel a Heidegger, lo que otra vez nos llevaría a hacer consideraciones, creemos que apropiadas, acerca de la característica posmodernidad de los nuevos fascismos. La pregunta a propósito de “qué quieren los fascismos” es el nuevo “qué quieren las mujeres” freudiano. Preguntarse qué quieren estos nuevos fascismos es como preguntarse qué quiere el capitán del barco “hauntológico” de Conrad. No quieren nada. ¿País? ¿Nación? ¿Qué tipo de nacionalismo puede permitirse el lujo de excluir toda esta plétora de particularidades dispersas que enumeramos arriba? Ninguno. No puede. Porque el nacionalismo no es la clave de sol del discurso neofascista; es, como mucho, su línea de sombra.

9. El neofascismo no existe

Cualquier uso de esta palabra que hayamos hecho hasta ahora o que hagamos en adelante es absolutamente aproximativo. El neofascismo se siente muy cómodo siendo tildado de neofascismo o fascismo a secas (fascismo seco, fascismo amojamado o enquistado en el tiempo), se escandaliza de su nombre y, sólo con el empuje de este escándalo, puede condensar su efímera esencia. “¿Fascista yo?”, piensa el simpatizante de una sola de sus demandas dispersas y, en la medida en que la pregunta obtiene una respuesta negativa, estas demandas dispersas se aglutinan en torno a una identidad sólo caracterizada por su marginación o por su rechazo. Qué duda cabe de que el fascismo en España duró casi cuarenta años porque nadie era fascista. “Tenemos que llamar a las cosas por su nombre” (“to call a spade a spade”), nos recuerda el sociólogo Éric Fassin (2018), porque, si no llamamos fascismo al fascismo, tampoco podremos organizar una reacción *anti-fascista* en su nombre. Ignoramos cuándo la sociología se arrojó a los brazos del nominalismo aristotélico, pero tan nominalista es la propuesta de los tipos-ideales weberianos, que cubren bajo una misma sombrilla fenómenos históricamente dispares, como la propuesta de Fassin, que considera necesario identificar (i.e., nombrar) el “momento fascista del

neoliberalismo”. Así, el fascismo no se nos aparece como un mediador evanescente históricamente específico, sino como *el* mediador evanescente que acude puntualmente a su cita con la historia (con la historia, claro está, del fascismo). Nuestra postura se alinea mejor con posturas como la de Wendy Brown (2019a), quien examina la emergencia de estos nuevos discursos como una formación política nueva, efecto directo de la racionalidad neoliberal y de su continuo *aggiornamento*.

El fascismo es un tipo de mediación que surge como resultado de una coyuntura específica después del Tratado de Versalles y que captura la forma de sus tensiones en juego (socialismo devenido nacionalsocialismo, movimientos de masas convertidos en movimientos masivos, etc.). Llamarlo neofascismo, evocar una iteración necesaria o el retorno de cierta tragedia anunciada (el Marx hegeliano del 18 de brumario planea en el horizonte), no parece sino alimentar la confusión babilónica que sus líderes metabolizan en rédito político. Si este nuevo fascismo es algo, lo será en virtud de las coordenadas que presenta la actual coyuntura: la dicotomía abierta entre el neoliberalismo progresista y su susceptibilidad de ser cancelado por fuerzas democráticas antagónicas. Las resonancias “fascistas” que se agregan y sedimentan en torno a esa negatividad interior no son tan diferentes de las resonancias imperiales con que el fascismo engalanaba su discurso de cultura clásica (los *fascis* romanos no eran otra cosa que haces de palos sujetos por correas de cuero y coronados por un hacha). Que la forma plural de este objeto venga a encarnar un movimiento de masas y a nombrarlo sólo significa que cierta subjetividad política masiva tenía, en los años 30 y 40 (o de Ortega a Musil), el tipo de relevancia que las políticas del neoliberalismo progresista —fuertemente individualizadas e individualizadoras— ostentan en las dos primeras décadas de este siglo. Esta es la paradoja: señalar al fascista como fascista sólo contribuye, en un nivel de agencia elemental, a engrasar los procesos simbólicos de agregación de los que el éxito de este fascismo depende (su negatividad incontestable, su vacío constitutivo). Por el contrario, individualizarlo, señalar sus flaquezas, nombrar como norma lo que quiere presentarse como excepción, debilita esa posición negativa y “desenfoca” la oposición positividad-negatividad. La interpelación a Santiago Abascal como “vividor” y la invitación a que mostrara “los callos en las manos” que hacía uno de los agricultores participantes en la manifestación del mundo rural en Madrid en marzo de 2022 nos muestra un ejemplo sobre cómo nombrar estas flaquezas. Programa de Gotha: a cada cual según su capacidad y a cada cual según sus necesidades. Si, para señalar esta realidad, la izquierda tiene que conquistar de nuevo posiciones de lo políticamente incorrecto que la extrema derecha le ha arrebatado, esto es algo que va a tener que plantearse. Debemos preguntarnos por las apelaciones a la necesidad de anti-fascismo. Porque es precisamente el fascismo el que necesita anti-fascismo. Nosotros necesitamos democracia.

10. El Estado del nuevo fascismo es el Estado de Schrödinger

El 16 de marzo de 2022 tuvieron lugar dos declaraciones de políticos del Partido Popular madrileño. El portavoz del Gobierno de Madrid, Enrique Ossorio, valoraba el informe Foessa para Cáritas, que establecía que un 22% de los madrileños se encuentran en riesgo de exclusión social en estos términos: “A alguien le dicen que en Madrid hay tres millones de pobres. [Y responde]: pues, ¿por dónde estarán?” (Rubio). Por su parte, la presidenta de la Comunidad de Madrid, Isabel Díaz Ayuso, conversaba con periodistas sobre su petición para destinar los fondos del Plan Estratégico para la Igualdad Efectiva de Mujeres y Hombres a “ayudar a las familias”, obviando que esta partida presupuestaria incluye las prestaciones de maternidad y paternidad, la financiación de los recursos contra la violencia machista, las ayudas para familiares de niños enfermos graves y las partidas

para la educación de niños de entre cero y tres años. Ante la pregunta de una periodista: “Las ayudas a la maternidad, a la paternidad, al empleo, a niños con enfermedades graves ¿le parecen un derroche?”, Díaz Ayuso contestaba: “Efectivamente” (Rico). Unos meses atrás, en plena campaña electoral de la comunidad, la presidenta había llamado “mantenidos subvencionados” (Cabrera) a los madrileños que acudían a recibir comida en las llamadas colas del hambre. En el Día Internacional de la Mujer Trabajadora de 2022, Vox también inundaba las redes con mensajes que responsabilizaban al gobierno de destinar el presupuesto del Plan de Igualdad a la “agenda feminista” en lugar de atender a las necesidades de “los trabajadores”. Paradójicamente, meses atrás habían hecho una dura campaña contra el Ingreso Mínimo Vital, calificándolo de “paguita clientelar y para menas”, “limosna vitalicia”, “cartilla de racionamiento” y “una solución venezolana defendida por el Gobierno” para que los trabajadores “se conviertan en parados” (Espinosa, 2020). Tanto Vox como Díaz Ayuso siguen el guion del marco neoliberal en el que se rechaza la intervención del Estado para favorecer a los trabajadores y promueven una meritocracia estrictamente individual, sancionada por el mercado, donde la responsabilidad de estar en una situación de pobreza recae en los propios ciudadanos que la sufren.

La paradoja del gato de Schrödinger es un experimento mental que ideó el físico austríaco Erwin Schrödinger en 1935. Se trata de imaginar a un gato metido dentro de una caja opaca en la que se activan una serie de mecanismos que nos colocan ante dos escenarios posibles: el animal bien puede estar vivo o bien puede haber fallecido. Según la teoría cuántica, el gato se encuentra vivo y muerto a la vez en una superposición de estados combinados y, solamente al abrir la caja, pasará a uno de los dos estados. Mientras nadie abra la caja, el gato se encontrará en un estado indefinido. En el caso de las nuevas derechas españolas sucede lo mismo con respecto a su posición sobre el Estado como agente distribuidor de la riqueza y los recursos. Los partidos de derechas necesitan que el Estado esté muy vivo y al mismo tiempo que desaparezca, en un momento histórico en que la competencia intercapitalista está fundamentalmente centrada en el conflicto entre estados-empresa, sustitutos de los estados-nación que han perdido toda capacidad de acción autónoma en la esfera económica y productiva. Reivindican un Estado fuerte para construir unas estructuras que permitan la reproducción social del neoliberalismo, del orden salarial y de la acumulación del capital –también un Estado fuerte para ejercer la represión de los extranjeros y de las protestas– pero necesitan un Estado de bienestar débil y deteriorado en el escenario de “un capitalismo financiarizado incapaz de proponer otro modelo social que no sea el de la rapiña y el saqueo” (López, 2020, p. 18). De este modo, su construcción del enemigo se dirige de manera paralela contra la élite, la clase media liberal cosmopolita, las fuerzas abstractas del globalismo (personificadas en figuras igualmente abstractas como “Soros”) y los inmigrantes, “condenados contradictoriamente por su presunta competencia en el mercado de trabajo y su aún más imaginado parasitismo” (Rodríguez, 2020, p. 53). Mientras tanto, la austeridad acumulada durante quince años de recortes y privatizaciones continúa la voladura controlada de los restos del estado de bienestar, sustituido por provisiones financiarizadas como la promoción de los fondos de pensiones, los seguros médicos privados o los créditos al estudio. Nos encontramos en una coyuntura en la que las políticas de austeridad y la radical desigualdad resultante logran generar un clima de competencia por los escasísimos recursos públicos entre los más pobres y los sectores en proceso de desclasamiento. Es este el escenario en el que las nuevas derechas activan el “chovinismo del bienestar” (Kymlicka, 2015) y el “no hay para todos” que abre la veda del señalamiento de inmigrantes y refugiados, quienes son percibidos como competidores adicionales por los limitados recursos de bienestar social. Se trata de un recorrido que invierte el planteamiento que marcó el 15M durante la época

anterior ya que en este escenario en “los penúltimos culpan a los últimos de sus crecientes miserias en lugar de señalar al poder financiero” (López, 2020, p. 23). Este “estado de Schrödinger” supone un paso más allá de la falacia burguesa de la autonomía del estado, que es, básicamente, la falacia del estado-centauro de Maquiavelo: la idea de que hay un proto-estado que está antes de la lucha de clases y, luego, el estado que se constituye como ya apropiado; *id est*: el estado jánico que provee de servicios asistenciales por un lado y el instrumento de dominación al servicio de la burguesía por el otro (Poulantzas, 1979, pp. 6-7). Estamos en una realidad distinta, no después sino *antes* de Maquiavelo. Ya no hay dos estados: hay uno y ninguno.

11. Existe ya una ecuación entre biopolítica y propiedad

Las nuevas derechas defienden una sociedad de viejos y nuevos propietarios. Quien se acerque a cualquier medio de comunicación en España se verá inundado por la publicidad de empresas de alarmas como Securitas Direct, que invierten millones de euros en sus campañas. De manera paralela, las televisiones privadas llenan sus programas de noticias relacionadas con la ocupación de viviendas en un país con 3,5 millones de hogares vacíos. Los voceros de Vox insisten reiteradamente en este fenómeno –que en realidad afecta mayoritariamente a viviendas que son propiedad de bancos y entidades jurídicas– calificándolo como una “especie de terror al propietario” que representa un paso hacia el “caos social” (“Vox advierte”). En sus discursos, suelen vincular a los votantes de izquierdas con el movimiento “okupa” y conectan su proyecto político con la defensa de la propia casa:

La España viva quiere poder defender su hogar cuando un ladrón violento entra a asaltar su casa, y quiere tener el derecho, si tiene medios de hacerlo, de poder defender su vida y su propiedad dentro de su casa” (citado en Ferreira, 2019, p. 88).

En este sentido, el partido se esfuerza por presentarse como el principal defensor de esa “España viva” que nació, probablemente, en 1957, cuando el ministro falangista José Luis Arrese dijo aquello de “queremos que España sea un país de propietarios y no de proletarios”. Desde entonces, la vivienda se convirtió en un trampolín para las burbujas patrimoniales y de crédito, el verdadero pilar del capitalismo financiarizado en España. Pero la situación se agrava cuando la España viva es la que tiene casa.

Las nuevas derechas españolas han encontrado un caladero de votos en la llamada “España de las piscinas”, título del ensayo de Jorge Dioni (2021) que alude a la configuración social del modelo PAU (Programas de Actuación Urbanística) de ciudad dispersa. A partir de los cimientos ideológicos de la segregación, la homogeneidad, la seguridad, el ‘familiarismo’ y el ‘cochismo’, Dioni sostiene que la prevalencia del derecho a la propiedad y la capacidad económica de los miembros de estas comunidades atomizadas se traduce en votos que reflejan el orgullo acerca del estatus conseguido y la necesidad de “defensa” frente a un exterior amenazante al que ya ni quieren ni pueden regresar. Como recuerda Maurizio Lazzarato (2021), es precisamente la promesa que el liberalismo siempre ha hecho y nunca podrá cumplir (convertir a cada individuo en dueño de una propiedad) la que late en el centro de la relación entre racismo y fascismo. Es este un fenómeno que Slavoj Žižek (1998) resumió en su análisis del antisemitismo como imputación al judío de un goce imposible, insondable, que supuestamente nos despoja de nuestra legítima cuota de placer. Se trata del mismo goce que en las clases medias españolas se activa en la tríada “chalet-piscina-urbanización privada”, aspiración máxima y epítome de esta sociedad de propietarios. En este sentido, Jean-Paul Sartre reflexionó

tempranamente sobre la emergencia del antisemitismo en relación con los deseos y aspiraciones a ser propietarios de aquellos ciudadanos que precisamente no lo eran: aquellos cuyas alarmas se activan cada vez que escuchan un anuncio de Securitas Direct:

Pertencen a la pequeña burguesía de las ciudades y no son dueños de nada. Pero es precisamente al levantarse contra los judíos que de repente se vuelven conscientes de ser dueños; al imaginar al israelita como ladrón, se colocan en la envidiable posición de las personas que podrían ser robadas; ya que el judío pretende robar a Francia, es Francia la que les pertenece a ellos. Así que han elegido el antisemitismo como un medio para realizar su calidad como propietarios (citado en Lazzarato, 2021, p. 55).

Con la desaparición en las sociedades europeas del motor interno de la producción, masas de desposeídos de distinto grado se mueven alrededor del conflicto central en la sociedad española: aquel que “opone a los detentadores de títulos de propiedad remunerables, inmobiliarios o financieros, frente a la masa que no los tiene y ha sido expulsada del orden salarial” (López, 2021).

12. La política funciona como moral del más malo

El *ordo* neoliberal exige regresar a ese mundo pre-maquivélico en que la política todavía no se había emancipado de la filosofía moral para consolidarse como campo autónomo. Los problemas de “representación” son problemas morales, no problemas políticos: conciernen al respeto de una norma explícita que es, como tal, independiente de las razones que recomiendan su normatividad (Brown, 2019b). Lo que está en juego es la imagen pública del sujeto que la cumple y, sólo incidentalmente, la justicia social. Esto es cierto en ambos extremos de la polaridad centrada que estamos examinando. Donde el *status quo* neoliberal se ejercita en mostrar una imagen pública progresista (la izquierda como spa de la conciencia, la filosofía como su balneario), las nuevas derechas adoptan cierto “malismo” como norma de conducta (Entrialgo, 2020). ¿Qué significa esto? En el año 2017, la RAE recogía las palabras “buenista” y “buenismo”, términos ampliamente empleados por las nuevas derechas para referirse a sus opositores, haciendo referencia a la actitud de quien, según el diccionario, “cede con benevolencia o actúa con excesiva tolerancia”. En los últimos años, los líderes de extrema derecha se han caracterizado por actitudes radicalmente contrarias a la benevolencia o la tolerancia en sus intervenciones públicas. Las burlas de Donald Trump en sus mítines hacia personas con discapacidad, amén de sus comentarios racistas; la negativa del político de Vox, Javier Ortega Smith, a sostener pancartas contra la violencia machista en señal de duelo público ante dos niñas asesinadas; las actuaciones de Isabel Díaz Ayuso en plena pandemia, negando la asistencia sanitaria a miles de ancianos o activando el protocolo consistente en alimentar a niños de familias sin recursos con comida basura durante el confinamiento de 2020... Todas estas muestras de “malismo” parecen innecesarias y, ciertamente, no lo son.

Como una antítesis de lo que se esperaba en los proverbios populares de la actuación de la mujer del César –que no sólo debía ser buena sino también parecerlo–, podemos decir que los líderes de las nuevas derechas ya no sólo han de ser malos, sino también parecerlo. De nuevo el gemelo asimétrico: aunque parte de las emociones que lubrican el neoliberalismo suele recaer del lado del optimismo y la positividad –tal y como describió Barbara Ehrenreich (2009) en *Sonríe o muere*–, éstas se complementan con las demostraciones de dureza, desprecio o despersonalización de que la ideología neoliberal se sirve para justificar su “eficacia”. El neoliberalismo aplica medidas de austeridad que exigen sacrificios, fomenta un clima de radical competitividad en el que sólo los más

fuertes sobrevivirán, etc. Si, tal y como proclamaba Margaret Thatcher, “la economía es el método; el objetivo es cambiar corazones y mentes”, la reacción de Díaz Ayuso ante la carta de una niña que le pide ayuda para tener electricidad en casa hace recordar a sus votantes que ella “no gestiona sentimientos” (Zambrano) y que es la oposición la que debería controlar su “cursilería”. Sin duda, se trata del juego de espejos neoliberal de la representación, de lo que se representa como bueno o malo, como cursi o atrevido. Pero, ¿dónde queda el acceso real de la niña a la electricidad? Como ha señalado Slavoj Žižek (2020), los nuevos líderes de derechas basan su actuación pública, con cada vez más conspicua frecuencia, en pequeñas transgresiones que otorgan permiso a los votantes para desafiar la moral convencional, la decencia, el civismo y la verdad. De esta manera, sus simpatizantes obtienen una gratificación o un goce obsceno inmediato y, así, los representan o representan ser tan “humanos” como ellos. Estos nuevos líderes se muestran abiertos al uso inmoral del poder, la desigualdad, la fuerza y el dinero mientras critican la hipocresía y la incoherencia de los líderes de izquierdas y refuerzan en sus discursos los *talking points* de sus votantes. Bajo la promesa de “libertad”, estos nuevos líderes comunican la idea de que sus votantes, al igual que ellos, pueden hacer lo que quieran mientras gozan de la transgresión *malista* frente a la “dictadura moral de lo políticamente correcto”. Lo que denominan “la dictadura moral de lo políticamente correcto” también es la “dictadura moral de lo políticamente incorrecto”.

13. El neofascismo es potencia de la impotencia

Durante una visita a Argentina en diciembre de 2021, el líder del PP, Pablo Casado, llamaba a combatir la “leyenda negra” contra la Hispanidad frente a la “cultura de la cancelación”:

Yo hoy vengo aquí a reivindicar la Hispanidad y a decir que la Hispanidad fue fundamental para el desarrollo de las dos orillas del Atlántico y, con esos vínculos de hermandad basados en la historia, pero también basados en un futuro que hay que potenciar mucho más, creo que nos tenemos que reivindicar frente a la cultura de la cancelación (Efe Noticias).

Por supuesto, la nostalgia imperial, como discurso estructurado, todavía atraviesa las narrativas de los líderes reaccionarios internacionales, que reivindican las “glorias” del pasado frente a los “tiranos” o “dictadores progres” que cuestionan estos relatos (Batalla, 2021; Faber, 2021; Rodríguez-Temiño y Almansa-Sánchez, 2021). Justo antes de abandonar la Casa Blanca, Donald Trump animaba a sus simpatizantes a “alzarse contra los tiranos mezquinos ... que exigen que hablemos solo de los pecados de Estados Unidos al mismo tiempo que negamos su grandeza” (citado en Faber, 2021). Pero esta vez es diferente. La primera vanguardia artística, el futurismo de Filippo Marinetti, fue una vanguardia fascista; Marinetti firmaba el *Manifiesto futurista* en 1909 y en 1919 hacía pleno co-firmando también el *Manifiesto dei fasci italiani di combattimento*. De la misma manera que no podemos imaginar el fascismo (potencia de la potencia o “voluntad de poder”) sin el culto al futuro, resulta difícil concebir este nuevo haz de discursos sin su recurso constante a la nostalgia, sin el soporte que provee a su programa la *potencia de la impotencia*.

No es la nostalgia del imperio, sino el imperio de la nostalgia el que moviliza la libido política de la extrema derecha. La España de los Habsburgo es uno de tantos posibles pasados como puertas tiene el ministerio del tiempo. La adolescencia de la escritora Ana Iris Simón (1991), por ejemplo, transcurre en los años anteriores al estallido de la burbuja inmobiliaria. Su obra *Feria* (2020) fue utilizada por Santiago Abascal para acompañar el

discurso que pronunció en la tribuna de oradores del Congreso en junio de 2021. *Feria* comienza con una reflexión nostálgica: “Me da envidia la vida que tenían mis padres a mi edad” (p. 19). Nuestros padres –lamenta la autora– tenían a nuestra edad “hijos e hipotecas y pisos en propiedad”. La denuncia de la falta de expectativas, que había formado parte de las protestas del 15M diez años atrás, ha servido durante la pandemia para articular discursos que enarbolan la bandera conservadora de un repliegue melancólico, familiarista, nativista y etnicista. Como señala Franco Berardi (2021), cuando las promesas neoliberales del éxito individual se ven truncadas para aquellos que se descubren como perdedores, la reacción adopta la forma de la impotencia, la frustración, el lamento y la venganza. Se trata de emociones que contrastan con la euforia futurista juvenil que alimentó los fascismos del siglo XX, pero que también contrastan con la capacidad de organizar y expresar colectivamente la indignación que tuvo lugar en el ciclo político que abarcaba de 2011 a 2014. Frente a lo que Berardi (2021a) denomina “la lenta cancelación del futuro” surge una comunidad imaginada que se basa en “la memoria nostálgica de una pertenencia pasada que ya no existe” (2021b). Mientras tanto, el malestar colectivo y personal aumenta en las generaciones que han enlazado una crisis económica tras otra habitando el paro, la pobreza, la precariedad y la falta de estabilidad. Los gobiernos socialdemócratas en toda Europa continúan faltando a la tarea básica de la redistribución de la riqueza, gradualmente mermada por la contracción del gasto público y la privatización de los servicios sociales (salud, educación, compensación por desempleo, jubilación, etc.). Aunque no lo escuchemos, porque forma parte de una realidad no noticiable, la extrema derecha apoya estos recortes presupuestarios allí donde los partidos socialdemócratas los aplican, en el menudeo neoliberal de cada día. El resultado es, no obstante, asimétrico. La izquierda se vuelve impotente, mientras que las nuevas derechas se hacen cada vez más potentes en la expresión de su impotencia, confirmando un hecho claro: la nostalgia no es solamente presencia del pasado en el presente, sino, mucho más crucialmente, desplazamiento del presente en el pasado. La nostalgia del ascenso social que articulaba las promesas de futuro (las hipotecas, deudas y costes sociales que sufrimos) son las promesas de un presente continuo que, sin embargo, no coincide consigo mismo, como si estuviera hechizado.

14. El fascismo obsolecente no va a desaparecer

Uno de los textos piloto en los que se basaba este artículo tenía por título “Trump va a desaparecer”. El texto, escrito en la antesala de las elecciones generales de 2020 y con las primarias demócratas todavía sin decidir, argumentaba que, si el análisis desplegado era correcto, cabía pronosticar que Trump cumpliría con su misión de impedir la victoria de un candidato del ala progresista (Sanders o Warren), perdería las elecciones y brindaría la presidencia a un candidato de centro que bien podría ser Joe Biden. Todo eso acabó ocurriendo: Trump desapareció, Sanders y Warren fueron sepultados en nombre de una abundancia de cautela; Biden ocupó el despacho oval. ¿Por qué rectificar aquello que de hecho *ha sucedido*? La respuesta es sencilla: porque hemos regresado a la casilla de salida. El restablecimiento de la polaridad centrada que representa Biden sólo permite augurar que las tensiones que auparon a Trump, renovadas e incluso fortalecidas por un breve hiato de comedida banalidad, podrían traerlo de vuelta a la Casa Blanca.

La solución que propone más anti-fascismo, la guerra abierta entre contendientes simétricos, la lógica amigo-enemigo como fiesta de disfraces, el juego de espejos en la casa de cristal, no es tanto una solución como el rescate dialéctico de una negatividad descarriada. No sólo los medios otorgan consistencia a lo inconsistente. La aceptación tácita de las reglas de juego es, por encima de todo, la aceptación de un silencio que ruge

con la furia de nuestras propias voces. El mimo se da la vuelta para volver a hablar, afina su voz, se posiciona, se acomoda frente al micrófono. Espera, acaso, que alguien le arroje las primeras palabras, que son ahora como esos proyectiles, esas salvas de fuego que los niños como Eco se guardaban en el bolsillo bajo el cielo canoro de una tarde de marzo. Pero esta vez se da cuenta de que nadie le está mirando. Ahora no tendrá más remedio que decir *lo que tiene que decir* y sus demandas sonarán atroces y flácidas: el mimo es una ama de casa desbordada, una masculinidad herida, tu primo que comparte vídeos de las nuevas derechas en los chats familiares, tu tía que cree en las amenazas que le presenta cada mañana *Espejo Público*, el ego amoratado de un ángel que no se atreve a confesar su inocencia. El mimo eres tú.

15. Referencias

- Alabao, N. (2019). ¿Por qué el neofascismo es antifeminista?”. En A. Guamán, A. Aragonés y S. Martín (Eds.). *Neofascismo. La bestia neoliberal*, (pp. 205-218). Siglo XXI.
- Batalla Cueto, P. (2021). *Los nuevos odres del nacionalismo español*. Trea Ensayos.
- Berardi, F. (2021a). *La segunda venida. Neorreaccionarios, guerra civil global y el día después del Apocalipsis*. Caja Negra.
- Berardi, F. (2021b). El nuevo rostro del fascismo. *Noticias Perfil*, 5 mayo 2021. <<https://noticias.perfil.com/noticias/cultura/el-nuevo-rostro-del-fascismo.phtml>>
- Brown, W. (2019a). *In the Ruins of Neoliberalism: The Rise of Antidemocratic Politics in the West*. Columbia University Press.
- Brown, W. (2019b). *Estados del agravio. Poder y libertad en la modernidad tardía*. Lengua de Trapo.
- Cabezas, M. (2022). Silencing Feminism? Gender and the Rise of the Nationalist Far Right in Spain. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 47(2), 319-345.
- Cabrera, M. (2021). Ayuso llama “mantenidos subvencionados” a las personas que se ven obligadas a acudir a las colas del hambre. *LUH Noticias*, 18 abril 2021. <<https://luhnoticias.es/ayuso-llama-mantenidos-subvencionados-a-las-personas-que-se-ven-obligadas-a-acudir-a-las-colas-del-hambre/>>
- Casado llama en Argentina a combatir la “leyenda negra” contra la Hispanidad. (2022). *EFE Noticias*. 7 diciembre 2022. <<https://www.efe.com/efe/espana/politica/casado-llama-en-argentina-a-combatir-la-leyenda-negra-contr-a-hispanidad/10002-4692860>>
- Case, A. y A. Deaton. (2020). *Deaths of Despair and the Future of Capitalism*. Princeton University Press.
- Conrad, J. (2019). *La línea de sombra*. Alianza.
- Dioni, J. (2021). *La España de las piscinas*. Arpa Editores.
- Eco, U. (1995). Ur-Fascism. *New York Review of Books*, 2 junio 1995 <<https://www.nybooks.com/articles/1995/06/22/ur-fascism/>>
- Ehrenreich, B. (2009). *Bright-Sided: How the Relentless Promotion of Positive Thinking Has Undermined America*. Metropolitan Books.
- Entrialgo, M. [@Tyrexito] (2022). “El triunfo del malismo. Cuando ser mala persona y presumir de ello no solo no tiene consecuencias, sino que refuerza tu popularidad entre tus fanáticos sectarios partidarios de abandonar a los pobres, a los mayores, a los enfermos, a los desamparados y a los débiles.” Twitter. <<https://twitter.com/Tyrexito/status/1504353376804511746>>
- Espinosa, J. (2020). VOX y el ingreso mínimo vital: de ser una “paguita clientelar” de “un paraíso comunista” o a “no estar en contra”. *Newtral*, 27 mayo 2020.

- <<https://www.newtral.es/newtral-hemeroteca-vox-y-el-ingreso-minimo-vital-de-ser-una-paguita-clientelar-de-un-paraiso-comunista-o-a-no-estar-en-contra/20200527/>>
- Faber, S. (2021). De Churchill a Covadonga: ¿por qué la derecha está obsesionada con la historia ‘patriótica’? *Ctxt. Contexto y acción*, 24 septiembre 2021. <<http://ctxt.es/es/20210901/Politica/37230/memoria-historica-leyes-winston-churchill-vox.htm>>
- Farris, S. (2017). *In the Name of Women's Rights: The Rise of Femonationalism*. Duke University Press.
- Fassin, E. (2018). The Neo-Fascist Moment of Neoliberalism. *Open Democracy*, 10 agosto 2018. <<https://www.opendemocracy.net/can-europe-make-it/ric-fassin/neo-fascist-moment-of-neoliberalism>>
- Fernández-Cebrián, A. y V. Pueyo Zoco. (2019). La voz de Vox o a qué suena el posmofascismo. *El Cuaderno. Cuaderno Digital de Cultura*, Julio 2019: <<https://elcuadernodigital.com/2019/07/13/la-voz-de-vox-o-a-que-suena-el-posmofascismo/>>
- Fernández Suárez, B. (2021). Gender and Immigration in VOX: The Discourse of the Radical Right in Spain. *Migraciones*, 51, 241-268.
- Ferreira, C. (2019). Vox como representante de la derecha radical en España: un estudio sobre su ideología. *Revista Española de Ciencia Política*, 51, 73-98.
- Fisher, M. (2013). Exiting the Vampire Castle. *Open Democracy*, 24 de noviembre 2013. <<https://www.opendemocracy.net/en/opendemocracyuk/exiting-vampire-castle/>>
- Flinders M. y M. Hinterleitner. (2022). Party Politics vs. Grievance Politics: Competing Modes of Representative Democracy. *Society*, 14(1), 1-10.
- Fraser, N. (2017). The End of Progressive Neoliberalism. *Dissent*, 2. <https://www.dissentmagazine.org/online_articles/progressive-neoliberalism-reactionary-populism-nancy-fraser>
- Fraser, N. (2020). *Los talleres ocultos del capital. Un mapa para la izquierda*. Traficantes de sueños.
- Giménez Caballero, E. (1933). *La nueva catolicidad (teoría general del fascismo en Europa)*. La Gaceta Literaria.
- Gómez Villar, A. (2022). Transformar no es cancelar. La sensibilidad cultural de la hegemonía. *Pensamiento al margen*, 15, 62-70.
- González, M. (2021). Vox irrumpe como cuarta fuerza política en Cataluña con 11 diputados. *El País*, 14 febrero 2021. <<https://elpais.com/espana/elecciones-catalanas/2021-02-14/la-ultraderecha-irrumpe-como-cuarta-fuerza-politica-en-cataluna.html>>
- Haider, A. (2020). *Identidades mal entendidas. Raza y clase en el retorno del supremacismo blanco*. Traficantes de sueños.
- Hochschild, A. (2016). *Strangers in Their Own Land: Anger and Mourning on the American Right*. New Press.
- Ivarsflaten, E. (2008). What Unites Right-Wing Populists in Western Europe?: Re-Examining Grievance Mobilization Models in Seven Successful Cases. *Comparative Political Studies*, 41(1), 3-23.
- Jameson, F. (1973). The Vanishing Mediator: Narrative Structure in Max Weber. *New German Critique*, 1, 52-89.
- Kymlicka, W. (2015). Solidarity in Diverse Societies: Beyond Neoliberal Multiculturalism and Welfare Chauvinism. *Comparative Migration Studies*, 3 (17), 1-19.
- Laclau, E. y Ch. Mouffe. (2014). *Hegemony and Socialist Strategy: Towards a Radical Democratic Politics*. Verso.

- Lazaratto, M. (2021). *Capital Hates Everyone*. MIT Press.
- López Hernández, I. (2020). Los claroscuros de la crisis permanente y el desfile de los monstruos. En *A modo de introducción. en Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo* (pp. 13-40). Traficantes de Sueños
- López Hernández, I. (2021). Escalas salariales, porras extensibles y ecosistemas fascistas. *El Salto*, 5 diciembre 2021. <<https://www.elsaltodiario.com/suma-cero/modelo-policial>>
- Maeztu, R. (1932). Defensa de la Hispanidad. *Acción Española*, 1 (5), 449-457. <<https://www.filosofia.org/hem/193/acc/e05449.htm>>
- Mateo, J. J. (2022). Ayuso respalda al portavoz de su Gobierno que no ve pobreza en las calles de Madrid. *El País*, 17 marzo 2022.
- Mudde, C. (2000). *The Ideology of the Extreme Right*. Manchester University Press.
- Poulantzas, N. (1979). *Estado, poder y socialismo*. Siglo XXI.
- Pueyo Zoco, V. (2020). Trump va a desaparecer (a qué llamábamos ‘posmofascismo’). *El Cuaderno. Cuaderno Digital de Cultura*. <<https://elcuadernodigital.com/2020/03/04/trump-va-a-desaparecer-a-que-llamabamos-posmofascismo/>>
- Rancière, J. (2000). Política, identificación y subjetivación. En B. Ardití (Ed.). *El reverso de la diferencia. Identidad y política* (pp. 145-152). Nueva Sociedad.
- Rico, J. (2022). Ayuso confirma que rechaza las bajas por maternidad y ayudas a niños enfermos: ‘Efectivamente’. *El Plural*, 17 marzo 2022. <https://www.elplural.com/autonomias/ayuso-confirma-rechaza-bajas-maternidad-ayudas-ninos-enfermos-efectivamente_286144102>
- Rodríguez, E. (2020). Fascismo: ¿nuevo, viejo u otra cosa? En *Familia, raza y nación en tiempos de posfascismo* (pp. 41-54). Traficantes de Sueños.
- Rodríguez-Temiño, I. y J. Almansa-Sánchez. (2021). The Use of Past Events as Political Symbols in Spain. The Example of Vox and the Need for a New Archaeology of Ethnicity. *International Journal of Heritage Studies*, 27, 1064-1078.
- Rubio, J. (2022). ¿Dónde están los pobres, que yo los vea? *El País*, 18 marzo 2022.
- Rubio-Pueyo, V. (2019). Vox: ¿Una nueva extrema derecha en España? *Report. Rosa Luxemburg Stiftung*. <https://rosalux.nyc/wp-content/uploads/2021/01/RLS-NYC_VOX_Spain_ES.pdf>
- Simón, A.I. (2020). *Feria*. Círculo de tiza.
- Smith, T. (2020). *Whitelash: Unmasking White Grievance at the Ballot Box*. Cambridge University Press.
- Streeter, R. (2021). Grievance politics is a dead-end road. *AEI. American Enterprise Institute*. 15 enero 2021.
- Traverso, E. (2021). *Las nuevas caras de la derecha*. Siglo XXI.
- Vox advierte de que si llega al Gobierno dará una “patada al culo al okupa (2021). *La Razón*, 27 agosto. 2021. <<https://www.larazon.es/espana/20210827/3rrs5ikpnjdrlgxzaud3ybx7ny.html>>
- Zambrano, I. (2021). Ayuso responde a la carta de una niña de la Cañada Real en exclusión social: ‘Yo no gestiono sentimientos’. *Público*. 16 septiembre 2021. <<https://www.publico.es/politica/ayuso-responde-carta-nina-canada-real-exclusion-social-no-gestiono-sentimientos.html>>
- Žižek, S. (1998). *Porque no saben lo que hacen. El goce como un factor político*. Paidós.
- Žižek, S. (2020). Power, Appearance, and Obscenity: Five Reflections. *Philosophical Salon*, 22, junio 2020. <<https://thephilosophicalsalon.com/powerappearance-and-obscenity-five-reflections/>>